

FRIEDRICH WILHEM NIETZSCHE (Textos)

“Mientras que en todos los hombres productivos el instinto es precisamente la fuerza creadora y afirmativa, y la conciencia adopta una actitud crítica y disuasiva, en Sócrates se convierte (el instinto) en crítico, la conciencia en un creador –una verdadera monstruosidad “per defectum”-... Sócrates no sólo mata la tragedia, sino que inicia un camino de represión de la vida que triunfará en Occidente... No podrá dejarse de ver en Sócrates un punto de inflexión y un vértice de la denominada historia universal”.

El nacimiento de la tragedia.

“Sí amigos míos, creed conmigo en la vida dionisiaca y en el renacimiento de la tragedia. El tiempo del hombre socrático ha pasado: coronaos de hiedra, tomad en la mano el tirso y no os maravilléis si el tigre y la pantera se tienden acariciadoramente a vuestras rodillas. Ahora osad ser hombres trágicos, pues seréis redimidos”.

El nacimiento de la tragedia.

“El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, una cuerda sobre un abismo. Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse. La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso”.

Así hablaba Zaratustra.

“En todos los lugares donde encontré seres vivos encontré voluntad de poder; e incluso en la voluntad del que sirve encontré la voluntad de ser señor... Este misterio me ha confiado la vida misma: mira, dijo, yo soy lo que tiene que superarse siempre a sí mismo. Sólo donde hay vida hay también voluntad: pero no voluntad de vida, sino –así te lo enseñó yo- la voluntad de poder!”.

Así hablaba Zaratustra.

“El concepto de bien y de mal tiene una doble prehistoria, a saber: primeramente, en el alma de las razas y castas dirigentes. Al que tiene el poder de devolver el bien por el bien y el mal por el mal y, en efecto, lo hace, ejerciendo reconocimiento y venganza, se le llama bueno; el que es impotente y no puede hacer eso, pasa por malo”.

Humano, demasiado humano.

“Yo comprendía que esta moral de la compasión que se extiende en derredor de la vida, que alcanza a los mismos filósofos y les hace enfermar, era el síntoma más inquietante de nuestra cultura. De suerte que si el más alto grado de poder y esplendor del hombre, posible en sí mismo no se ha alcanzado aún, la culpa es precisamente de la moral. De tal modo que entre todos los peligros, ¿no será la moral el peligro por excelencia?”.

La genealogía de la moral.

No habéis oído hablar de ese hombre loco que, en pleno día, encendía una linterna y echaba a correr por la plaza pública gritando sin cesar: 'busco a Dios, busco a Dios'? Como allí había muchos que no creían en Dios, su grito provocó la hilaridad: '¿qué, se ha perdido Dios?', decía uno. '¿Se ha perdido, como un niño pequeño?', preguntaba otro. '¿O es que está escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado?'. Así gritaban y reían en confusión. El loco se precipitó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. '¿Dónde se ha ido Dios? Yo os lo voy a decir', les gritó. '¡Nosotros le hemos matado, vosotros y yo. Todos nosotros somos sus asesinos!. Pero, ¿cómo hemos podido obrar así? ¿Cómo hemos podido vaciar el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho cuando hemos separado esta tierra de la cadena de su sol? ¿Adónde la conducen ahora sus movimientos? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos sin cesar hacia delante, hacia atrás, de lado, de todos los lados? ¿Todavía hay un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita?. El vacío, ¿no nos persigue con su hálito? ¿No hace más frío? ¿No veis oscurecer cada vez más, cada vez más? ¿No es necesario encender linternas en pleno mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿Nada sentimos aún de la descomposición divina? ¡También los dioses se descomponen! ¡Dios ha muerto! ¡Y somos nosotros quienes le hemos dado muerte! ¿Cómo nos consolaremos nosotros, asesinos entre los asesinos? Lo que el mundo poseía de más sagrado y más poderoso ha perdido su sangre bajo nuestro cuchillo. ¿Quién borrará de nosotros esta sangre? ¿Con qué agua purificarnos? ¿Qué expiaciones, qué juegos nos veremos forzados a inventar? La grandeza de este acto, ¿no es demasiado grande para nosotros? ¿No estamos forzados a convertirnos en dioses, al menos para parecer dignos de los dioses? No hubo en el mundo acto más grandioso y las generaciones futuras pertenecerán, por virtud de esta acción, a una historia más elevada de lo que fue hasta el presente toda la historia'.

Aquí calló el loco y miró de nuevo a sus oyentes; ellos también se callaron y le contemplaron con extrañeza. Por último, arrojó al suelo la linterna, que se apagó y rompió en mil pedazos. 'He llegado demasiado pronto –dijo–; no es mi tiempo aún. Este acontecimiento enorme está en camino, marcha todavía, no ha llegado hasta los oídos de los hombres. Es necesario dar tiempo al relámpago y al trueno, es necesario dar tiempo a la luz de los astros, tiempo a las acciones cuando ya se han realizado para ser vistas y oídas. Este acto está más lejos de los hombres que el acto más distante, y, sin embargo, ellos lo han realizado...

...El más importante de los acontecimientos recientes –el hecho de que Dios ha muerto y la fe en el Dios cristiano ha sido aniquilada- comienza ya a proyectar sobre Europa sus primeras sombras. Por lo menos para ese reducido número cuya mirada amenazadora es bastante aguda y fina para este espectáculo, parece que un sol se ha puesto, una vieja y tranquila confianza se ha trocado en duda; a ellos es a los que nuestro viejo mundo debe parecer cada día más crepuscular, más sospechoso, más extraño, más viejo. Hasta puede decirse, de una manera general, que el acontecimiento es demasiado grande, está demasiado lejos de la comprensión de todo el mundo para que podamos tratar del ruido que ha hecho la noticia; y menos aún para que las muchedumbres puedan darse cuenta, para que puedan saber que ahora que esta fe ha sido minada, se derrumbará todo lo que en ella tenía su vida de ella; por ejemplo, toda nuestra moral europea. Esta larga serie de

demoliciones, de destrucciones, de ruinas y de caídas que presenciamos, ¿quién la adivinaría hoy lo suficiente para ser el iniciador y el adivino de esta enorme lógica de terror, el profeta de unas sombras y de una oscuridad que no tuvieron quizá semejante en la historia? Nosotros mismos, nosotros, adivinos de nacimiento, que permanecemos como en espera sobre las cimas, colocados entre el ayer y el mañana; nosotros, primogénitos –nacidos demasiado pronto- del siglo que viene; nosotros, que deberíamos percibir ya las sombras que Europa va a proyectar, ¿de dónde procede que esperemos, sin un verdadero interés y, ante todo, sin preocupaciones ni temor, la llegada de estas sombras?

Quizá nos encontramos aún demasiado impresionados por las primeras consecuencias de este acontecimiento; y estas primeras consecuencias, al contrario de lo que pudiera quizá esperarse, no nos parecen en modo alguno ni tristes ni sombrías, sino, por el contrario, como una especie de luz nueva, difícil de describir, como una especie de felicidad, de aligeramiento, de serenidad, de esperanza, de aurora... En efecto, nosotros, filósofos y espíritus libres, al saber que el antiguo Dios ha muerto, nos sentimos iluminados por una nueva aurora; nuestro corazón desborda de agradecimiento, de asombro, de aprensión, de esperanza; por último, el horizonte nos parece libre de nuevo, aun admitiendo que no esté claro y, en fin, nuestro barco puede darse a la vela, bogar ante el peligro; todos los acasos del que busca el conocimiento son lícitos de nuevo; el mar, nuestra pleamar, se abre de nuevo ante nosotros y quizá no ha habido nunca una mar tan plena”.

La gaya ciencia.